

Ignacio Fuente Cobo

EL IMPACTO DE LOS ÚLTIMOS
CONFLICTOS EN LA EDUCACIÓN
MILITAR

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

EL IMPACTO DE LOS ÚLTIMOS CONFLICTOS EN LA EDUCACIÓN MILITAR

Resumen:

La proliferación de escenarios de actuación para las fuerzas armadas, hace que resulte necesario cuestionarse cual debe ser el objeto final de la educación militar, cuáles son los conocimientos y enseñanzas que deben impartirse a los líderes militares del futuro, de forma que puedan cumplir con éxito misiones tan variadas como complejas. Para lograrlo, resulta necesario extraer las correspondientes lecciones aprendidas de las intervenciones militares de los últimos años, de manera que sean capaces de entender el mundo que les rodea, la evolución que está experimentando el concepto de seguridad y la aportación de los ejércitos a la misma. La reflexión serena y el análisis de lo que las fuerzas militares han hecho durante los conflictos recientes, constituyen los elementos fundamentales para transformar nuestras estructuras educativas militares adaptándolas a las necesidades de hoy en día. Dar una respuesta adecuada a estos interrogantes, es la clave para llevar a cabo con éxito las operaciones militares de los próximos años. Y la formación de los jefes militares de hoy constituye la herramienta esencial para lograrlo.

Abstract:

The increasing proliferation of scenarios for the armed forces makes it necessary to question what should be the ultimate aim of the military education, which is the knowledge to be taught to the future military leaders, so that they can conduct varied and complex missions successfully. To achieve this, it is necessary to draw the lessons learned from recent years' military interventions, so that they can understand the world around them, the evolution that is experiencing the concept of security and the contribution of our military to it. The reflection and deep analysis of what they have been doing during recent conflicts are the key elements to transform our military educational structures and to adapt them to the needs requirements of today. All this makes it necessary not interrogate about the way we act the military leaders of the future and knowledge shall have and exercise. Guess the answer is the key to successful military operations in the coming years. And the formation of the military leaders of this is the essential tool to achieve this.

Palabras clave:

Operaciones, educación, futuro, liderazgo, éxito, conocimientos, competencia, tecnología, moral.

Keywords:

Operations, Education, Future, Leadership, Success, Knowledge, Competence, Technology, Moral.

INTRODUCCIÓN

Los conflictos de los primeros años de este milenio, están modificando profundamente la forma de entender la guerra y, lo que es más importante, la forma de ejercerla. Conceptos como “asimetría”, “guerras híbridas”, ciberguerras, si bien no son completamente nuevos y de una forma u otra ya se han empleado en el pasado, revisten una importancia creciente en nuestros días hasta desvirtuar la naturaleza de la guerra, tal y como ha sido tradicionalmente entendida.

Nos encontramos en una época en que resulta muy difícil ganar una guerra en su acepción clásica, es decir, con la aceptación de la derrota por parte del oponente y la celebración de la victoria por parte del vencedor. Si contemplamos a lo que ha pasado en escenarios como Somalia, Libia, Irak, Afganistán o Mali, lo primero que apreciamos es que se trata de conflictos que se perpetúan en el tiempo sin que se vislumbre una aparente solución. Estamos en lo que podría denominarse la era de los conflictos permanentes, una situación en la que la simple idea de ganar las guerras parece haberse convertido en un concepto obsoleto sino imposible. Irak, Afganistán y Libia, pero también Siria, Yemen o Somalia han puesto de manifiesto con toda su crudeza los límites del empleo del poder militar como herramienta para transformar sociedades complicadas y crear en ellas estructuras políticas prosperas y pacíficas.

En estas circunstancias, los ejércitos y los jefes militares que los mandan, tienen que aprender a vivir y combatir en entornos operativos en los que las victorias decisivas han pasado a convertirse muchas veces, en un objetivo tan deseable como improbable. Por ello, lo que se les exige ahora no es tanto vencer, sino evitar daños mayores, no tanto derrotar al enemigo, como gestionar el conflicto evitando que llegue a nuestras fronteras y manteniéndolo, en su caso, en unos niveles de violencia que estén dentro del umbral de lo que se considera tolerable por parte de nuestra sociedad.

No es fácil educar a los líderes militares para moverse en el terreno de la incertidumbre, en el que el tiempo es un concepto flexible y el enemigo también. Tampoco lo es enseñarles a

fijar objetivos realistas de manera que puedan definir medios que sean proporcionales a los mismos. La experiencia de los conflictos del pasado, nos indican la facilidad que existe para caer en lo que podría llamarse guerras ideológicas, en las que tendemos a definir un nivel de ambición excesivo respecto a los esfuerzos que estamos dispuestos a asumir. Debemos ser conscientes de que este tipo de guerras pocas veces tienen éxito, dado que carecemos de los medios, - o no estamos dispuestos a comprometerlos – para afrontarlas, ni estamos dispuestos a asumir el elevado nivel de sacrificios que exigen, incluida la necesidad de permanecer allí durante mucho tiempo. Esta lección parece que la hemos aprendido para Somalia donde nos hemos contentado hasta ahora con algo tan limitado como luchar contra la piratería, o en Libia donde en el 2011, nos dimos por satisfechos con proteger a la población civil de los ataques de sus autoridades al amparo de la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad, e incluso en Siria o Irak donde no ha sido posible conseguir una intervención resolutive hasta la fecha a pesar de las graves violaciones de los derechos humanos.

Extraer las correspondientes lecciones aprendidas de las intervenciones militares de los últimos años resulta imprescindible si queremos entender el mundo que nos rodea, la evolución que está experimentando y la aportación de los ejércitos a nuestra defensa y nuestra seguridad. De esta manera, solo mediante la reflexión serena y mediante el análisis de lo que hemos hecho durante estos últimos años, seremos capaces de atisbar que papel desempeñarán en el futuro nuestras fuerzas militares, de manera que seamos capaces de transformar nuestras estructuras educativas militares adaptándolas a los escenarios de conflicto en los que probablemente nos veremos obligados a operar.

Todo ello nos lleva a preguntarnos sobre la forma en la que combatirán y conducirán las operaciones los líderes militares del futuro. O lo que es lo mismo, ¿En qué entornos operativos debemos enseñarles a trabajar, para que escenarios, con qué medios y con qué limitaciones? Acertar en las respuestas a estas preguntas constituye la clave del éxito de las operaciones militares de los próximos años. Y la formación de los líderes militares constituye la herramienta para lograrlo.

UNA FORMACIÓN ORIENTADA A OPERACIONES

En cuanto a la primera de las preguntas, la referida al entorno operativo, cabe decir que actualmente, nos encontramos en medio de un debate doctrinal entre varios modelos de actuación, que todavía no está cerrado y que se refiere fundamentalmente a los despliegues exteriores y al papel que deben desempeñar las fuerzas armadas en la seguridad interior y en la gestión de catástrofes. El primero de ellos se refiere a la posibilidad de desplegar unidades militares sobre el terreno – el denominado *boots on the ground*, de forma a como tradicionalmente se ha venido haciendo en teatros como Afganistán o Iraq. Los resultados de estas operaciones hacen que este modelo haya sido muy cuestionado en los últimos tiempos en diversos países occidentales. La dificultad de diseñar una salida rápida y efectiva que evite el estancamiento en el que normalmente acaban estas intervenciones militares, unido al elevado coste en bajas propias y enemigas y el rechazo que provoca en nuestras sociedades unos conflictos a los que no se ve fin, hace que este modelo esté en entredicho hoy en día. Esto no quiere decir que nuestros líderes militares no deban aprender a diseñar y conducir operaciones de acuerdo con el mismo, como ha puesto de manifiesto la intervención con *boots on the ground* de fuerzas francesas en Mali en el 2013, pero sí que deben ser conscientes de los problemas que plantean. En cualquier caso, la evolución de la situación en lugares como Iraq o Libia, puede revalorizar la importancia de este modelo.

El segundo modelo se refiere a intervenciones limitadas en beneficio de fuerzas locales en las que se hace descansar la responsabilidad principal en la conducción de las operaciones. Es un modelo denominado de *Proxy Forces* que ha adquirido un fuerte auge en los últimos tiempos debido a las ventajas que proporciona en cuanto a las bajas propias, esfuerzo militar limitado y a la facilidad de desengancharse de los conflictos. Este es el modelo que se ensayó en Libia en el 2011 y que se está intentando poner en marcha en Iraq actualmente. Tiene el inconveniente de la dificultad de controlar la situación sobre el terreno y de gestionar el posconflicto, de manera que se mantenga dentro de unos límites de violencia razonables. Libia también sería un ejemplo paradigmático de los efectos impredecibles de la aplicación de un modelo que puede incluso provocar una situación todavía peor que aquella que se

pretendía resolver. Iraq o Mali, con las dificultades que están presentando para que sean sus autoridades nacionales las que lleven el peso del conflicto, muestra también los límites de hacer descansar la responsabilidad de la seguridad casi exclusivamente en estructuras locales. No obstante, este modelo de actuación está ampliamente extendido por diversas zonas del mundo y, muy particularmente, África, en escenarios como Malí, República Centroafricana, o Somalia. En estos teatros nuestros soldados juegan un papel fundamentalmente de apoyo más que de combate, por lo que su formación militar debe incorporar las modificaciones necesarias con respecto a la educación clásica dirigida al planeamiento y conducción de operaciones. Ahora se les exige que hayan recibido la formación necesaria para desempeñar papeles de instructores, asesores militares, expertos en áreas como la logística, los asuntos civiles, etc.

No resulta fácil predecir cuál de estos dos modelos orientados principalmente a operaciones de estabilización y posconflicto, terminará por imponerse en el futuro, aunque lo más probable es que al final sean los dos, o bien una combinación de los mismos, por lo que la educación de los líderes militares deberá abarcar el adecuado aprendizaje de las áreas de conocimiento necesarias para desenvolverse eficazmente en cualquiera de ellos.

PERO TAMBIÉN A ESCENARIOS NACIONALES

Un tercer escenario propiamente nacional que está cobrando una especial relevancia en los últimos tiempos, se refiere a la colaboración con las autoridades civiles, tanto en el ámbito de la protección de los ciudadanos frente a amenazas, como en la gestión de las catástrofes. En un tiempo en el que la frontera entre la seguridad interior y la exterior está cada vez más desdibujada y en unas circunstancias en las que los ciudadanos exigen de sus gobiernos, una mayor protección contra amenazas cuyos orígenes tienen lugar en escenarios lejanos, pero cuyas repercusiones se hacen sentir en nuestras sociedades, los ejércitos constituyen una herramienta muy útil a disposición de las autoridades políticas, para reforzar y completar unas estructuras nacionales de seguridad interna y protección civil cuyas posibilidades y dimensiones son limitadas.

Por ello, la tendencia actual en los países occidentales es la de emplear cada vez más las fuerzas militares en operaciones de seguridad interior, seguridad cibernética y gestión de catástrofes, bien bajo la dirección de departamentos especializados, como es el caso de la *Homeland Security* en los Estados Unidos, bien conservando las propias estructuras militares como ocurre con lo que llaman los franceses *Vigipirate* – patrullas de soldados que vigilan los lugares más frecuentados por la población civil –, o bien creando estructuras especializadas como es el caso de Unidad Militar de Emergencias (UME) en España. Estos nuevos escenarios, que hasta fechas muy recientes eran marginales en nuestra sociedad, señalan asimismo una nueva dimensión en la que deben ser formados nuestros líderes militares. Ahora se les pide cada vez con mayor intensidad, desempeñar tareas que tradicionalmente no han sido consideradas propias de las fuerzas armadas. La mayor prioridad que adquiere ahora la seguridad interior, la ciberdefensa y la gestión de emergencias, hace que debamos contemplar la transformación de la educación militar para satisfacer unos requerimientos que socialmente están cada vez más demandados.

EL OBJETO DE LA EDUCACIÓN MILITAR

Esta proliferación de misiones y de escenarios hace que nos lleguemos a cuestionar cual debe ser el objeto final de la educación militar, cuáles son los conocimientos y enseñanzas que debemos impartir a nuestros líderes militares, para que puedan desenvolverse con éxito en escenarios tan variados como complejos. En este sentido, lo primero que apreciamos es la necesidad de enseñar a los líderes militares, sobre todo a los más jóvenes, que el concepto tradicional de la misión de las fuerzas armadas de “ganar las guerras de la nación”, hoy en día se ha ampliado considerablemente. También hay que “ganar la paz”, con las dificultades que ello supone cuando contemplamos los escenarios externos de conflicto y hay que defenderla cuando nos referimos a los escenarios propiamente nacionales.

Pero igualmente, hay que saber que lograrlo no es una misión exclusiva de los ejércitos, sino que es la nación la que gana o pierde las guerras. Los soldados juegan un papel fundamental,

pero no el único papel, ni son los únicos actores. Sea cual sea el escenario en el que encuentren tendrán que acostumbrarse a trabajar “mano con mano”, con una gran variedad de actores no militares y de agencias civiles, tanto nacionales como internacionales, lo que les exigirá dominar áreas de conocimiento diferentes a los tradicionales. No se trata solo de entender la cultura y las tradiciones de los lugares donde se opera – lo que técnicamente ha venido a llamarse *cultural awareness* -, sino que resulta fundamental enseñar a nuestros jóvenes líderes militares a trabajar, integrarse y triunfar en estructuras “interagencias” que no tienen por qué seguir los parámetros de comportamiento ordinario de las coaliciones militares.

En estos entornos operativos multidisciplinares, las propias características de la organización militar, junto con una educación reforzada en las nuevas áreas de conocimiento, deben permitir a los líderes militares estar en condiciones de proporcionar la necesaria cohesión, flexibilidad y velocidad de respuesta que las diferentes situaciones demandan. Esta es una característica singular de la organización militar que exige que sean todos los líderes militares, no solo los mejores y más brillantes, los que tienen que demostrar un alto nivel de conocimiento profesional y de competencia militar. El pensamiento innovador, la flexibilidad en la aplicación de las doctrinas, la adaptación al cambio no es algo reservado exclusivamente para los niveles superiores de las cadenas de mando, sino que son conceptos que deben ser aprendidos y practicados en todos los niveles. No se trata solo de transmitirlos a grupos muy pequeños y en niveles muy especializados como son las escuelas de estado mayor, sino que deben ser enseñados desde los primeros momentos de la educación militar.

¿EDUCAR PARA LOS CONFLICTOS CONVENCIONALES, PARA LOS ASIMÉTRICOS, O PARA LOS HÍBRIDOS?

Pero la guerra en su dimensión actual no está solo relacionada con los conflictos asimétricos, las operaciones de posconflicto y las acciones de cooperación con las autoridades civiles. La posibilidad de un conflicto convencional sigue siendo real en extensas partes de nuestro

mundo. Es más, actualmente estamos asistiendo a una preocupante tendencia al rearme entre las potencias emergentes de Asia, norte de África y también en la frontera oriental de Europa. Ello implica que la educación militar tradicional centrada en el conflicto convencional, no puede abandonarse sino que debe continuar siendo una parte esencial del sistema de educación militar. No se trata de mantener viejos esquemas académicos que nos pueden parecer trasnochados, pero tampoco podemos perder la capacidad de planear y dirigir operaciones militares convencionales. Hacerlo supondría asumir un nivel inaceptable de riesgos para la seguridad nacional. No hay que olvidar que, una vez perdidas ciertas capacidades, recuperarlas resulta muy difícil. La Historia nos muestra como muchas naciones no se han recuperado jamás de los efectos de una mala estimación de los riesgos y amenazas para su seguridad nacional.

Junto a las modalidades de conflicto anteriormente mencionadas, en los últimos años estamos asistiendo a la emergencia de lo que ha venido a llamarse guerra híbrida, entendiendo por tal aquella que emplea una combinación de operaciones convencionales y asimétricas, operaciones de información y ciberguerra. El éxito de esta nueva modalidad de hacer la guerra “del débil al fuerte” en escenarios de Oriente medio y en el este de Europa, indica que no se trata de un fenómeno efímero. Los efectos que está teniendo en la modificación de las estrategias militares de organizaciones tan poderosas como la OTAN, hace que su continuidad parezca garantizada, fundamentalmente por las ventajas que ofrece frente a adversarios teóricamente más poderosos.

Podemos, por tanto, afirmar que los desafíos que nos presentan los conflictos modernos, así como las nuevas modalidades de empleo de las fuerzas militares, indican la necesidad de formar a los líderes militares para que sean capaces de actuar en ambientes operativos muy diversos y exigentes, en los que no solo deben usar su intelecto, sino también ser capaces de trabajar bajo la presión de la ambigüedad, de asumir acertadamente iniciativas y de, como menciona Alvin Toffler en su libro *War and Anti-war*, ser capaces de plantearse todo tipo de interrogantes hasta los límites en que empieza a cuestionarse el principio de autoridad.

LA IMPORTANCIA DE LA TECNOLOGÍA EN LA EDUCACIÓN MILITAR

También se verán obligados cada vez más a actuar en entornos dominados por la tecnología en los que el uso de la inteligencia artificial, la miniaturización intensiva de los sistemas de armas, los sistemas expertos, la realidad virtual y artificial o la asistencia automatizada a la decisión, se están progresivamente convirtiendo en actividades militares rutinarias. Nos encontramos en una era en la que la velocidad de cambio tecnológico y el aumento en la información disponible, se aceleran continuamente. Hoy en día, los jefes militares tienen que gestionar unos volúmenes de información muy superiores a los de sus antecesores y la única forma de hacerlo es mediante un uso intensivo de la tecnología. De ahí que los conocimientos tecnológicos, constituyan un elemento cada vez más importante de la educación militar.

Esta mayor preferencia por la tecnología se ve reforzada por las tendencias demográficas decrecientes, que indican que cada vez podremos contar con menos personal para cubrir las necesidades de las fuerzas armadas y, además, tendremos que competir con los otros sectores productivos de la sociedad por adquirir unos recursos humanos que se están convirtiendo en críticos. La consecuencia es una mayor presión sobre la tecnología, para suplir la limitaciones de personal necesarios para manejar los modernos sistemas de combate.

LAS REDES SOCIALES Y SU INFLUENCIA EN LA EDUCACIÓN MILITAR

Afortunadamente, en respuesta a esta necesidad nos encontramos con que los jóvenes de hoy en día pertenecen a lo que podría llamarse “la generación *smartphone*”; una generación que ha crecido en un ambiente de realidad virtual tanto en sus hogares, como en sus escuelas y que se sienten, por tanto, tan cómodos en entornos tecnológicos dominados por las *tablets*, *iphones*, etc, como la anterior generación lo era con el teléfono, o la radio. Por tanto unas fuerzas armadas cada vez más dependientes de la tecnología y de las redes de información, deben ser capaces de capitalizar estas habilidades de las generaciones más

jóvenes, para convertirlas en multiplicadores de fuerza que faciliten los complejos procesos de toma de decisiones que exigen la organización militar y la conducción de las operaciones. Proporcionar a los jóvenes líderes militares una sólida base en ciencias, ingeniería y organización industrial, que complemente las habilidades tecnológicas adquiridas desde la infancia, constituye posiblemente la mejor forma de conseguirlo.

Pero también vivimos unos tiempos, en los que la información se difunde casi inmediatamente de manera, que acontecimientos que ocurren en un determinado lugar y en un determinado momento, son conocidos en cuestión de segundos en cualquier parte del mundo. En la era de las redes sociales resulta muy difícil ocultar los efectos de nuestras acciones. De ahí que los líderes militares deban convertirse en verdades maestros en el uso de estas redes. Se trata de una dimensión de rasgos indefinidos, pero cuyo dominio resulta crítico; una dimensión que no nos pertenece en exclusividad, sino que también puede ser empleada por nuestros enemigos. La superioridad en el uso de la “red”, el dominio de las tecnologías de la información constituye hoy en día requisitos fundamentales para el buen funcionamiento de la organización militar y, desde luego, para la conducción de las operaciones militares. El ciber-mundo se ha convertido en el nuevo campo de batalla en el que nuestros líderes militares deben aprender a moverse, vivir y combatir tan cómodamente como lo harían en los campos de batalla tradicionales.

Todo ello exige definir estándares de educación ambiciosos y coherentes, pero también flexibles. Se trata de lograr un sistema de formación en el que el atributo que mejor se enseñe – y más se exija - a los líderes militares desde los primeros momentos, sea el del pensamiento crítico, una habilidad cuyas bases se adquieren precisamente en las academias militares y se desarrolla a lo largo de toda la vida militar. Pensar críticamente constituye la premisa para lograr las habilidades analíticas necesarias para planear, coordinar, dirigir y controlar con éxito las misiones que se exige a una organización tan compleja como es la militar.

EDUCACIÓN EN VALORES

Por último, a la hora de desarrollar un sistema educativo militar integral, resulta esencial enfatizar la importancia de la educación en valores, como la base del comportamiento ético o moral de los soldados en su quehacer diario y, sobre todo, en las operaciones. Hay que tener en cuenta que, en los modernos teatros de operaciones, los soldados muchas veces tienen que hacer frente a enemigos que no tienen límites morales, ni están sujetos a convenciones éticas, o restricciones legales. Pueden hacer lo que quieran, incluso matar a quien quieran, siempre que ello les proporcione una ventaja estratégica, o tan solo táctica. Pueden, por ejemplo, utilizar el terror para atacar la moral de nuestras tropas, o debilitar el apoyo de nuestras opiniones públicas. Ello les proporciona una libertad de acción de la que carecen los ejércitos convencionales, sujetos a restricciones éticas y legales muy estrictas. No se trata solo de las reglas de enfrentamiento que definen el comportamiento de los soldados frente al enemigo, sino también de una amplia panoplia de códigos éticos, leyes de los conflictos armados y legislaciones propiamente nacionales, que definen el comportamiento que los gobiernos y sus sociedades exigen a sus soldados.

Por ello la educación en este campo resulta crítica. Es la mejor forma, sino la única, de evitar que los soldados caigan en la fácil trampa de intentar ajustar su comportamiento ético y sus estándares morales a los de sus enemigos, bien sean estos asimétricos, híbridos, o simplemente terroristas. Pero también la educación en valores refuerza la necesidad de los líderes militares de evitar poner en riesgo la vida de sus soldados innecesariamente. No hay que olvidar que son precisamente, el comportamiento cuidadoso de los jefes y la preocupación constante por las necesidades de los subordinados, los que definen los fundamentos del liderazgo.

CONCLUSIÓN

En definitiva, es la combinación de una adecuada formación técnica, profunda competencia profesionales y habilidades de liderazgo, unidas a una sólida educación moral, las que deben

formar los fundamentos de la educación militar. Son ellos los que garantizan que el comportamiento profesional y ético de nuestros líderes militares, se adecúa a lo que la sociedad demanda de ellos.

En unos tiempos en los que hemos venido reduciendo nuestras estructuras militares y en los que hemos estirados nuestros presupuestos hasta el límite, resulta más necesario que nunca proporcionar a nuestros líderes militares la mejor educación que la nación se pueda permitir. Es la única forma de evitar la decadencia en nuestros niveles operativos y en la preparación de nuestras fuerzas y también la mejor forma de convencer a nuestros aliados y a nuestros enemigos de que nuestros militares siguen siendo competentes y resolutivos.

*Ignacio Fuente Cobo
COR.ET.ART.DEM
Analista del IEEE*